

## **ANTE EL TRASLADO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN: RECUERDOS Y VIVENCIAS**

María Dolores DÍAZ ALCAIDE\*

### **RESUMEN**

En este artículo presento parte de mis recuerdos y vivencias en el edificio de Ciudad Jardín de la Facultad de Ciencias de la Educación de Sevilla, desde que empecé a trabajar como profesora en la Universidad de Sevilla. Son más de veinte años de vivencias: trabajo, alumnos, agobios, alegrías, compañeros, amistades..., en definitiva, gran parte de mi vida personal y profesional transcurrida entre esos muros que próximamente dejarán de ser la Facultad que todavía es en la actualidad.

### **ABSTRACT**

This article describes some of my memories and experiences in the building of Ciudad Jardín, Faculty of Education Sciences of Seville, since I started working as a professor at the University of Seville. More than twenty years of experience: work, students, overwhelmed, joys, colleagues, friends... In short, much of my personal and professional life between these walls will no longer be the Faculty still is today.

El primer día que llegué, tras una llamada telefónica, me pasaron al despacho de la Directora de la Escuela: D<sup>a</sup> M<sup>a</sup> Joaquina del Pino. Tras su amable bienvenida, me preguntó por mis estudios y formación referente a la

---

\* Universidad de Sevilla.

plaza de profesora asociada que había obtenido por concurso de méritos y también por mi edad, ya que me veía muy joven. Mantuvimos un rato de agradable conversación en donde era patente la curiosidad por su parte y el respeto ante la novedad por la mía. Me dio también un libro: la guía de la Escuela. Al cabo de un rato, llegó D<sup>a</sup> Adela Delgado, profesora del Área y de las asignaturas que yo también debía impartir: en aquella época “Manualizaciones I y II”. Tras las presentaciones, me fui con ella a la clase y me presentó a las otras profesoras: D<sup>a</sup> M<sup>a</sup> Jesús Muñoz y D<sup>a</sup> Nieves Sallés. Reconocí a ésta última porque fue la persona que me atendió un día que fui a preguntar sobre las características de la plaza de profesor que se había convocado. Me dieron la bienvenida, me enseñaron la clase, el seminario y el despacho común, Adela me dio instrucciones sobre lo primero que debía ir haciendo en las clases y me llevó a presentarme a los grupos de alumnos que me habían asignado. Empezaba a dar clases al día siguiente.

Nunca hasta entonces había ido a la Escuela de Magisterio por ningún motivo, no conocía a nadie, no sabía más que allí estudiaban la carrera quienes después serían maestros o “Profesores de E.G.B.”, así que todo era nuevo para mí. Las personas a las que había conocido me parecieron muy agradables y estaba muy contenta e ilusionada por poder empezar a trabajar como profesora en la Universidad, aunque fuera en un sitio desconocido hasta entonces para mí.

Unos meses antes había visto en los tablones del Rectorado la convocatoria de la plaza de profesor asociado del área de Didáctica de la Expresión Plástica en la Escuela Universitaria de Formación del profesorado de E.G.B. Pensé que mi titulación de Licenciada con Grado en Bellas Artes, podía ser adecuada para presentarme, pero como no sabía exactamente en qué consistían las tareas que debía desempeñar ni las asignaturas, fui al centro a recabar información. Allí me atendió una profesora del área muy educada y amable que me despejó las dudas al respecto. Después supe que era Nieves Sallés. Fue la primera compañera del Área, del Departamento y de toda la Escuela con la que hablé, antes de pasar a formar parte de esa comunidad docente. Durante los años posteriores, en varias ocasiones nos gustaba recordar a Nieves y a mí esa primera conversación, cada vez más lejana en el tiempo, que supuso el comienzo de una estupenda relación de compañerismo y amistad cada vez más estrecha hasta su temprana muerte.

Al principio fue duro para mí adaptarme al nuevo lugar y a los nuevos compañeros, y sobre todo, a los alumnos, que en su mayoría eran mayores que yo. Esa era una sensación extraña que se repetía en los primeros años de docencia, ya que tenía muchos alumnos que cursaban una segunda es-

pecialidad o que se incorporaban tarde a los estudios universitarios, con lo que era una situación que chocaba tanto a los alumnos como a mí. En esta época siempre tuve cerca a Adela, a Nieves y a M<sup>a</sup> Jesús que me orientaban sobre las cuestiones cotidianas de la docencia, y los contenidos que debía impartir en las asignaturas. Poco a poco iba adquiriendo confianza y soltura, lo que hacía que me sintiera más cómoda en la docencia, a pesar del gran esfuerzo y trabajo que me suponía todo ello.

Por otra parte, también iba conociendo a compañeros del resto del Departamento y de otros Departamentos. Me sorprendía gratamente la gran variedad de áreas de conocimiento a las que pertenecían y me parecía muy enriquecedor encontrarme entre ellos, ya que en la Facultad de Bellas Artes, que era la que yo conocía, los profesores pertenecían a áreas de conocimiento más afines entre sí y todas relacionadas con el mundo de las Bellas Artes.

Y también, poco a poco fui conociendo el edificio: los lugares de paso, los de reunión más o menos formal, los de docencia, los de administración,... Era un edificio alargado, más o menos simétrico en torno al eje central que formaba el salón de actos y la capilla con un patio cuadrado ajardinado a cada lado a partir de los cuales se distribuían vestíbulos, pasillos, aulas y despachos en dos plantas de altura además de la baja, así como otras dos zonas abiertas en los extremos: a un lado el campo de deportes y al otro el "Patio de Andalucía". Una vez más, poco que ver con el laberíntico edificio de la Facultad de Bellas Artes en la calle Laraña.

Su construcción databa de 1965 y, según me iban comentando los compañeros en distintas ocasiones, su estructura respondía al hecho de que, al principio, a un lado se impartían las clases para los alumnos y al otro para las alumnas, separados por una parte central que los comunicaba en donde había dependencias de uso común como la cafetería, el salón de actos, la capilla y los despachos de dirección y secretaría. Esto me sorprendió, porque cuando yo empecé a trabajar allí no había separación entre alumnos y alumnas, siendo todos los grupos mixtos. Otra cosa curiosa para mí era la existencia de un colegio de E.G.B. en la parte de atrás, que se comunicaba a través de su patio y la cafetería. También me contaron que era "La Aneja", el colegio en donde los alumnos de la Escuela de Magisterio realizaban sus prácticas docentes durante su periodo de estudios, aunque en aquella época también las realizaban en otros colegios de la ciudad.

El lugar donde más tiempo pasaba era, por motivos obvios, el aula. Un aula específica que entonces era conocida como el aula de Manuales y que algún tiempo después pasó a llamarse aula de Educación Plástica 1, actual-

mente también conocida como P1, además de con el nombre de la profesora Nieves Sallés Portela, como se lee en la placa que se colocó en la puerta tras su fallecimiento.

Era, como ya he dicho, un aula específica a donde acudían los grupos de alumnos a cursar nuestras asignaturas, cosa que sigue ocurriendo en la actualidad. Un espacio rectangular amplio con dos grandes ventanales al Patio de Andalucía en la primera planta del edificio. Su mobiliario y decoración, cuando yo llegué, estaba constituido por dos filas de bancas de madera altas corridas con paredillas a modo de bancos de carpintero con algunas mordazas en la parte delantera, sobre las que los alumnos trabajaban a veces de pie, a veces sentados en taburetes altos. Alrededor de tres paredes había armarios con puertas pintados de color marrón para guardar los trabajos de los alumnos y algunos utensilios. También había dos armarios con puertas de cristal donde se exhibían algunas muestras y trabajos de alumnos de años anteriores para que sirvieran de ejemplo y como material didáctico cuando llegara el caso. La cuarta pared estaba ocupada por una gran pizarra y la mesa del profesor. Además el aula contaba con unas piletas con agua corriente. Todo el mobiliario era bastante antiguo y con evidentes signos de su uso continuado a lo largo de los años. En la pared de la izquierda, conforme se entra al aula, una puerta comunica con un espacio pequeño conocido como “seminario” con una mesa grande y algunas sillas, y a la derecha la puerta del despacho, con una mesa para Adela y otra mesa compartida por M<sup>a</sup> Jesús, por Nieves y por mí (la cajonera de la mesa tenía tres cajones, uno para cada una), además de un armario de madera. Según los horarios y las necesidades ocupábamos la mesa o nos íbamos a la mesa del seminario para realizar nuestras tareas o atender a los alumnos que iban a consultar alguna duda. A pesar del poco espacio, la convivencia era buena y nos organizábamos bien.

A veces había mucha actividad, muchos alumnos, muchos trabajos por corregir, muchas cosas por hacer,..., pero a veces también había ratos de tranquilidad propiciados, sobre todo, por la media hora de descanso o “recreo” por la mañana y por la tarde. En algunas ocasiones aprovechábamos este rato para bajar a tomar un café a la gran cafetería, que se convertía en punto de encuentro de profesores y alumnos de todos los cursos y grupos. De esta manera había ocasión de hablar un ratito con otros compañeros de otros Departamentos a quienes sólo se veía en estos casos. Cuando llegaba la hora, cada uno volvíamos a nuestra aula y ocupaciones.

En general, el ambiente de trabajo me resultaba agradable y me fui integrando sin problemas, de manera que tardé poco en sentir que me parecía

que llevaba allí más tiempo. Así fueron pasando mis primeros años en la Escuela de Magisterio: la mayor parte del tiempo en el aula con los alumnos o en el seminario y el despacho preparando clases o corrigiendo trabajos; cuando era convocada, en reuniones del Departamento o en otras más “generales” en la Sala de reuniones situada en el pasillo central; o compartiendo algunos ratos de “recreo” con otros compañeros en la cafetería.

Han ido pasando los años, más de veinte ya, y han ido cambiando las circunstancias y las necesidades, y el edificio se ha ido transformando poco a poco, sin pausa, para intentar adaptarse a los nuevos requerimientos, el mayor y más importante de los cuales siempre ha sido la falta de espacio. La transformación de la “Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de E.G.B.” en “Facultad de Ciencias de la Educación” en el año 1993 y el cambio de los Planes de Estudio en 1998 hicieron más patente la necesidad de un nuevo edificio que acogiera a los profesores, alumnos y personal de administración y servicios de los dos edificios existentes en ese momento y en la actualidad, ya que era imposible acoger a todos en el edificio de Ciudad Jardín. Desde entonces se está hablando de un nuevo edificio para la Facultad con bastante insistencia, dada su evidente necesidad y, después de muchos problemas, vicisitudes y circunstancias diversas, el nuevo edificio de la Facultad de Ciencias de la Educación podrá acogernos en el próximo curso 2009/2010 según las previsiones.

En todos estos años las obras de reforma y adecuación han sido constantes en el edificio, lo que ha generado su transformación y actualización: se han modificado, reedificado y modernizado los distintos espacios mientras nos hacían el edificio nuevo. Se han creado aulas y despachos nuevos, se han suprimido algunos espacios comunes como la sala de reuniones del pasillo central, se han reducido otros como la capilla y la cafetería, se han reubicado algunos despachos y se han modernizado los restantes espacios, además de las adaptaciones necesarias para la eliminación de barreras arquitectónicas.

Habían pasado pocos años desde mi llegada, cuando se amplió el espacio dedicado al seminario contiguo al aula de Educación Plástica 1 y se construyó un nuevo despacho junto al ya existente, quedando así un despacho para Adela y Nieves y otro para Lourdes Cabrera (que se había incorporado tras marcharse M<sup>a</sup> Jesús) y para mí. De esta manera ya disponíamos de una mesa para cada una y de un seminario más amplio, lo que nos permitía trabajar con un poco más de amplitud. El aula seguía siendo igual, con las mismas instalaciones y mobiliario, cada vez más deteriorados.

Tras la creación de la Facultad de Ciencias de la Educación se acometieron gran cantidad de obras en todo el edificio, que duraron años, para ac-

tualizarlo y adecuarlo en la medida de lo posible a las nuevas necesidades, y también en relación a la implantación de los nuevos Planes de Estudio. Se construyeron nuevas aulas y también, poco a poco se iban arreglando otras aulas, despachos y espacios para dotarlos con infraestructura y mobiliario más actualizado. A la zona del aula de Educación Plástica 1 y los despachos contiguos, sin embargo, no le llegaba el turno de las reformas, y eso que las condiciones iban siendo cada vez peores. Recuerdo que en una temporada de lluvias estuvimos con numerosas goteras en el aula y los despachos, y tanto los alumnos como las profesoras teníamos que ir sorteando los cubos y barreños que las recogían. Uno de esos días, los alumnos y yo tuvimos que interrumpir la clase porque el agua que se filtraba por el techo caía por uno de los tubos fluorescentes de la iluminación, con el consiguiente peligro para todos. A pesar de nuestras peticiones, la reforma de toda esta zona siguió demorándose hasta que un día vinieron los técnicos de obras y, tras constatar las condiciones, por fin se acometieron las obras de mejora.

Se sanearon las techumbres para evitar las goteras, el espacio del seminario y los despachos se reorganizó para que hubiera cuatro despachos individuales y un seminario, se sustituyeron las ventanas de hierro por otras de aluminio en toda la zona, donde también se instaló aire acondicionado y nuevo sistema de iluminación, es decir, se establecieron unas condiciones de trabajo para profesores y alumnos con un nivel de seguridad y confort aceptables. También se renovó todo el mobiliario. En el aula se colocaron nuevas bancas de trabajo y taburetes para los alumnos con un diseño acorde a las necesidades, durante varios años se fue completando el número de armarios nuevos para guardar los trabajos de los alumnos, y en los despachos y el seminario se instaló nuevo mobiliario. De esta manera, se igualaban las características de esta zona al resto del edificio que ya había sido reformado.

Con estas nuevas instalaciones las condiciones de trabajo mejoraron mucho para todos, aunque el elevado número de alumnos de los distintos grupos hace que el espacio sea, casi siempre, insuficiente. Poco tenían que ver con lo que había antes, y, aunque la reforma no fue, en realidad, muy profunda, todos constatamos una mejora sustancial en nuestro ámbito de trabajo.

Pero las necesidades de espacio en el edificio siguen siendo patentes y ubicar a tantos grupos de alumnos con sus diferentes asignaturas es una tarea complicada, por eso, aunque el aula de Plástica 1 es considerada como “aula específica”, a veces, es necesario impartir otra asignatura en esta aula, si está libre en ese horario. Esta circunstancia propició la última obra de

reforma que se ha llevado a cabo en esta zona recogiendo una propuesta que hicimos en su día, cuando se iba a llevar a cabo la obra anteriormente descrita, por considerarlo necesario, y que en esa ocasión fue rechazada. Se trata de la apertura de una puerta que da acceso al seminario y los despachos sin que profesores y alumnos tengamos que pasar por el aula y así interrumpir la clase que se esté impartiendo en ese momento o tener que esperar a que acabe la misma para pasar.

Otra transformación que ha ido acometiéndose en el edificio, tanto para la docencia como para la administración es la incorporación de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Como no podía ser de otra manera, hemos tenido que ir adaptándonos a nuevas formas de gestión administrativa y de docencia que requieren el uso de la informática y de infraestructuras y aparatos adecuados para la misma.

En las asignaturas del área de Didáctica de la Expresión Plástica la imagen tiene una gran importancia, tanto por ser materia de estudio, como por su uso instrumental. Por ello siempre he considerado necesario disponer de medios para su visionado por parte de los alumnos. En este sentido, recuerdo que en mis comienzos como profesora, no contábamos en el aula con ningún aparato de los que en aquella época se utilizaban para ello, como proyectores de diapositivas, ni el consiguiente material de paso. Ante mi demanda, pronto se procuró un proyector de diapositivas básico para el aula, al que más tarde se unió otro más moderno y sofisticado con temporizador, y después un proyector de opacos y un retroproyector.

La informática tardó más en llegar. A principios de los años noventa, tener un ordenador en el despacho era algo extraordinario, pero poco a poco se iban dotando por lo menos con uno en cada zona. Así el mundo de la informática y las posibilidades que ofrecía para la docencia y la investigación iba formando parte del trabajo y el entorno cotidiano. Después llegó el acceso a Internet y poco a poco se fueron dotando las aulas con ordenadores y proyectores, siendo la de Plástica 1 una de las últimas en tener proyector fijo.

En el resto del edificio también se ha ido notando en los últimos tiempos la introducción de la informática: ordenadores y aplicaciones informáticas en la secretaría, colocación de ordenadores también en la biblioteca, dotación de un espacio para aula de informática, puntos informativos, colocación de enchufes en los vestíbulos y zonas comunes para que los alumnos puedan enchufar sus ordenadores portátiles, además de conexiones a Internet por cable y sin cable. Los avances de la informática han supuesto una “revolución” en nuestras vidas y hoy resulta normal ver a los alumnos trabajando

con sus portátiles en cualquier lugar del edificio como en mis primeros años allí era normal verlos escribir sobre papel.

Así está el edificio en la actualidad, cuando nos dicen que éste es el último curso académico que pasaremos en él. Según las previsiones, el curso 2009/2010 lo empezaremos en el nuevo edificio que están construyendo en la zona de Viapol y que, se supone, será más grande, estará mejor dotado y acondicionado y, sobre todo, permitirá que todas las titulaciones que se imparten en la Facultad puedan cursarse en el mismo edificio, lo que redundará en beneficio de todos. Nuestro edificio de Ciudad Jardín será derruido y con el tiempo ocupará su lugar otro destinado a diferente uso, con lo que se pone fin a más de cuatro décadas de un centro de la Universidad de Sevilla por donde han pasado miles de alumnos y cientos de profesores y personal de administración y servicios.

Si las previsiones se cumplen, muchos viviremos el traslado y el consiguiente periodo de adaptación a un nuevo lugar de trabajo, estudio e investigación universitaria, otros, por diversos motivos, no. En este punto vuelvo a acordarme de las compañeras que encontré a mi llegada y que no tendrán esa oportunidad: M<sup>a</sup> Jesús Muñoz se fue al poco tiempo por motivos personales; a Adela Delgado le llegó la hora de la jubilación unos años más tarde; y Nieves Sallés falleció otros cuantos años después tras una larga enfermedad. Por razones obvias, con ellas tuve mayor trato de compañerismo y amistad y con ellas aparezco en la foto n<sup>o</sup> 1 en un rincón de la antigua aula que me encontré a mi llegada y que he descrito más arriba. La foto n<sup>o</sup> 2 es un testimonio de cómo está el aula en la actualidad, meses antes de que deje de funcionar como tal.

Esperemos que a todos nos vaya bien en nuestro nuevo lugar de trabajo. Siempre recordaré más de veinte años en el edificio de Ciudad Jardín.





